

Antología

2022

“Club de
lectura y
escritura”

Antología 2022 “Club de lectura y escritura” /
Acuña, Laura ; Ayala, Sacha ; Dente, Vera ;
Giovanetti, Roberto ; Itkin, Lucas ; Juri, Juan ;
Lanza, Martín ; Mandrilli, Pablo ; Marconato,
Alicia ; MartiZero ; Olivé, Cristian Daniel ;
Rastelli, Enrique ; Rivero, Tobías ; Saravia,
Bautista ; Viñals, Juan /

Arte de tapa: Dalto, Laura ; diseño de tapa y
contratapa por Mayora, Pablo /

Compilación, prólogo y reseña de contratapa por
Baggini, Federico

1a ed. - Provincia de Buenos Aires : 2022. 116 p. :
il. Im. ; 18x12 cm.

1. Cuento. CDD 863
2. Poesía. CDD 861

Datos de contacto:

Laura Dalto - IG: lauradaltofotografia

Pablo Mayora - IG: @Pablo.Ezequiel.Mayora

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723
Impreso en la Argentina

2022 / Construcción colectiva

Antología

2022

“Club de
lectura y
escritura”

Agradecimiento

A quienes
dediquen
su cuerpo
y declinación
a la lectura
de este
horizonte
que hemos
dado en
llamar
Antología.

Prólogo

Versatilidad y diversidad

En términos fundamentales, la articulación de estos dos principios delimita el marco de todo pensamiento que pretenda afirmarse como crítica. Solo al apoyarse uno en otro, el principio de *versatilidad* y el de la *diversidad* forjan y mantienen su capacidad de ruptura con la ortodoxia y con toda forma de lo pensado o lo impensado ligados al orden establecido.

Referirse al principio de la *versatilidad* equivale a querer asignarse la tarea de describir o, mejor, sacar a la luz, los mecanismos –más o menos antiguos, más o menos profundos, más o menos estratificados, más o menos ocultos– que rigen el gesto y la palabra de los artistas, y gobiernan sus prácticas y la percepción que ellos se hacen y dejan ver de estas.

Referirse al principio de la *diversidad* implica rechazar la idea de que algunos marcos de la vida colectiva o individual puedan estar dotados de una necesidad (lógica, política, psíquica, jurídica) tal que se sitúen fuera del alcance de la transformación social y por lo tanto de la acción política.

Así conjugadas, la idea de *versatilidad* –que se refiere de manera general al conjunto de las posibilidades que dan forma al mundo literario en este caso, y pesan sobre los artistas que se mueven en su seno– y la de *diversidad* –que remite a la contingencia histórica de

ción que las han naturalizado casi por completo— constituyen la base de la actividad creativa en cuanto se pretende crítica, y de la escritura política y emancipadora en cuanto debe elaborar una intertextualidad realista del mundo social, preocupado por definir las perspectivas y las posibilidades de la acción política a través de la escritura y lectura, pero también por discernir sus dificultades y sus límites.

El abordaje de esta antología se desarrolla como una exploración sistemática del inconsciente social tal como lo estructuran, entre otras cosas, las pertenencias de clase, pero también todas las ligadas a la fuerza a la vez objetiva y performativa de las categorizaciones sobre las cuales se apoya el funcionamiento jerarquizado del mundo social. La psicología de ese inconsciente, constituido por sedimentos depositados con el transcurso de la historia personal de quienes aquí escriben y por tanto colectiva en el cerebro de los individuos, en función de los medios sociales donde se han socializado, o de las identidades que se les han dado como morada de su ser-en-el-mundo, sobre todo en virtud de la nominación insultante y la asignación a categorías estigmatizadas, es uno de los principales medios, uno de los principales recursos de que dispone este ejemplar literario para deshacer las evidencias dóxicas del mundo en que vivimos y la complicidad tácita con que cada uno de nosotros, día tras día, quíeralo o no, se entrega a ellas.

El análisis de los textos aquí reunidos delimita el campo del acto creativo-literario-crítico, si se considera este

como el lugar donde se anudan los hilos de un proceder a la vez teórico y político que se asigna como horizonte el ideal de una construcción de carácter radical y que, por consiguiente, aspira a estar siempre abierto y permeable a la llegada del acontecimiento, de lo inédito, atento al porvenir contenido y anunciado lo que se mueve en el presente, a las líneas de fractura que se dibujan en él y, por lo tanto, al presente acorde a la forma y el sentido que ya le confiere el porvenir hacia el que tiende.

Sin embargo, por más contundencia que aquí se le asigne a los textos consignados, este libro está ligado también a las interrogaciones a las que dan origen los esquemas sociales y las afirmaciones políticas siempre en el contexto de un ejercicio de creatividad literaria. Ahora bien, cada uno de esos esquemas, cada una de esas afirmaciones, aparece, se despliega, cambia en función de un ritmo, una temporalidad que le son propios. Foucault nos exhortaba y exhorta a desconfiar del hegelianismo que recorre la filosofía política y nos incita a percibir el tiempo como si estuviera unificado: es indispensable concebir el tiempo de la literatura (entendida esta como herramienta política) como no homogéneo. En esa heterogeneidad, esa pluralidad, esa multiplicidad, se juegan las resistencias a los mecanismos complejos de la dominación (concepto que tampoco puede ser unificado ni unificante). Y en esas resistencias escritas se inventan las prácticas emancipadoras y se abren las canteras de las nuevas escritura y literatura contemporáneas y, por consiguiente, las de la

transformación política y cultural que el arte es capaz de llevar adelante.

En conclusión, y sin mayores preámbulos que los otorgados, esta es una obra que se defenderá por si sola.

Federico L. Baggini

Noviembre 2022

Juan Viñals

En pocas palabras, dos son los motivos que me llevan a escribir. En primer lugar, escribo porque, como todos, exteriorizo a cada segundo aquello que hay dentro de mí, sea sabiendo o no que está ahí y que está dispuesto a salir. Al parecer, no puede evitarse manifestar todo lo que uno tiene en sí, tiende a aparecer de algún modo. En mi caso, elige la escritura. Y, en segundo lugar, simplemente pienso que el corazón que escribe se encuentra con un juego, un juego que viene a suplantar aquel del niño con su juguete. Este pequeño toma el mundo que le disgusta y lo pone en un plano imaginado que le resulte aceptable; así, el escritor o escritora parece hacer lo mismo. Lo cierto es que no puedo dejar el juego, y por eso es que escribo. Ahora bien, no puedo dejarlo porque no puedo aceptar la realidad como es; no puedo ser condescendiente hoy con ella. En fin, me disgusta, y por eso escribo. No obstante, lo importante y tremendo de la situación en mi caso es lo siguiente: sospecho que, el día en que la pueda aceptar -ya sea por un cambio en mí mismo o por un cambio de esta, y es que no sé cuál es el problema (también, claro es, pueden ser ambas opciones)-, dejaré de escribir también.

Libertado maniatado

Por servil a un nudo eterno
me gustaría servirme algo de beber.

Me vi forzado a obrar
con las manos atadas
al más absurdo de los postes:

esfuerzos sin sentido
animaron mis días
de algo parecido a la esperanza
mientras mi alma
se retorció,
alma que nunca
descansa.

Tranqué y amarré
a otros conmigo; consigo nada
y nada doy, porque a donde voy
traigo la luna conmigo: tal era mi lema,
tal la falacia
que saciaría mi sed.

Sin embargo,
acrecenté
el sentido del empuje
de una rueda cuadrada.
“¡Cuando despertaré!”

exclamé al sueño,

y ahora que me pienso libre,
entiendo que la libertad
— la que yo creí tal —
estaba atada a otro poste,
y solo me pregunto si nuestros postes
son el mismo y no lo veo;

y es que no sé si seré vil,
o es que sirvo
a viles y a miles
nudos eternos,
o a uno solo como miles.

Ánima racional

Pareciera que el ave que veo piensa,
anuda pensamientos vanos
para entender
la sensación de ser
algo; aquietado en su deber
en la rama, destapa
sus secretos, desvelo
el misterioso vuelo
de sus ideales, de su meta,
se desploma el mundo
y se despluma
de a poco
el ave que semeja
pensar, que anuda
pensamientos vanos,
en su reposar.

Lo que ve de lejos,
la rodea de cerca.

Lluvia

Es un gusto para mí
que a la gota
de esperanza de mi ser
le salpiquen otras tantas,
desde mi ventana:
todo un aguacero.

No veo por qué, ni para qué
cerrar la persiana, si acarician
mis ojos y oídos
al anochecer
de mi ánimo; por eso
me dejo llevar
aunque las gotas formen
una pequeña
cascada
que mojará mis pies.

Pasará y lo sé, me hará mal
pero no lo impido, sin saber
si distraído, o bien
no me animo

porque atravieso
momentos tercos.

Juan Juri

Escribo porque tengo la sana soberbia de creer que al mundo le falta algo y que yo se lo puedo dar con mi lapicera.

Diario de un observador de fuego

La pava chifla. Miro el fuego de la hornalla. Es azul. El fuego no es azul. Sí el fuego de mi hornalla. El de todas las hornallas. Pienso que no deberíamos llamarlo fuego, que es otra cosa. Porque cuando el agua es amarilla le decimos pis, y al cielo gris le decimos nubes.

Entonces, el fuego azul no es fuego. Aunque caliente y queme como el fuego. Y, es cierto que esa llamarada azul me recuerda al fuego. Porque ahora, estando en mi cocina, estoy haciendo un asado con mi viejo, mirando ese, el verdadero fuego, que fue verdadero hace, por lo menos, diez años, cuando todavía comía asados con mi viejo. Cuando todavía, mi viejo. Y yo petiso, con cara de foto de rollo. Recuerdo mi cara de entonces por las fotos de rollo que tengo en la caja que está debajo de la cama desde que me las llevé de lo de mis viejos, cuando tuvimos que llevarnos todo. Yo quería las fotos de rollo, para ver a mi familia en la época de fotos de rollo.

El fuego, el verdadero, larga chispas, hace brasas, me consume como a todo lo demás. Desde mi cocina pienso que me da miedo esa fascinación por aquello que nos puede lastimar, que sabemos que, cuanto más cerca, más lastima y que el dolor también es verdadero. Así como miro al fuego fijo, mientras tengo a mi viejo al lado y dejo que se me escape, como en mi cocina que miro el fuego azul y dejo que el agua se evapore. Que se evaporen.

“Algún día te voy a enseñar a hacer asados y voy a ser yo el que mire el fuego”, creo recordar. Es probable que no haya pasado. Que, cada vez que miro el fuego de un asado tenga la voz de mi viejo diciéndome eso porque quiero tener asuntos pendientes. O quiero que él mire el fuego mientras yo me evaporo, así sé que él hubiera hecho lo mismo que yo. Entonces, sí hay asuntos pendientes. O, de nuevo, estoy inventando mientras la pava chifla y el fuego azul de la hornalla se sigue llamando fuego.

Flor

Me desmayé, y cuando desperté no podía mover el cuerpo. Intenté primero con las manos y los pies. No hubo caso. Luego, probé mover la boca, hablar, gritar, hacer algún ruido. Nada. Solo podía mover la mirada a través de mi habitación. A mis pies, la maceta que ella se había olvidado cuando se fue. De su tierra, salía una flor que, hasta entonces, no existía. ¿Cuánto tiempo duró mi estado de inconsciencia? ¿Era posible que una flor nazca en ese lapso? Sin embargo, ahí asomaba. Era de una especie que no había visto antes. Sentí que me miraba, que inclinaba sus pétalos hacia mí.

Intenté inútilmente pararme de nuevo. La flor lo atestiguaba todo. No solo eso, sino que, con cada fracaso, ella crecía en tamaño. No era un tema de perspectiva, la flor se había agigantado. Así como había nacido mientras yo estaba en otro plano, así también crecía ante mis ojos.

Dejé de intentar moverme, pero ella no dejó de crecer. El espectáculo me fascinaba. Nunca había visto el devenir de la vida de esta manera. Me recordó a cuando, de niño, miraba las agujas del reloj para descubrir el momento en el que se moviera el minutero. Pero el minutero parecía no moverse. No como la flor que sí lo hacía, si se ensanchaba ante mi mirada.

Me invadió un pensamiento: Esa flor no era mía. Nada de esa fantasía vuelta realidad era mía. Pertenecía a mi novia. Era un olvido de mi novia. Aquel crecimiento

dejó de ser un espectáculo. Era, entonces, una amenaza. Era mi ex volviendo a mi casa, invadiendo cada rincón a través de su flor. Incluso hasta tenía su olor. Me desesperé. Volví a intentar movimientos. Dedos, pies, rodillas, pelvis, manos, codos, hombros, cara. Ninguno funcionaba. La flor ya no tenía tamaño de flor, sino casi de humano. Su cabeza cayó por su propio peso. La sentía en mi cuerpo. Sentía su roce por cada centímetro que crecía. Fue aumentando la velocidad. Pronto cubrió mi cuerpo. Me aplastaba. Llegó a mi cuello. Tapó mi boca y nariz. Luego, mis ojos. Todo era flor. Empezó a faltar el aire. Me ahogaba.

El cielo que sé

Sé que soy ciego y sé incluso lo que no veo, porque me cuentan los que ven. Sé que el cielo es celeste y cuando se nubla, y no siento el sol, es gris. Sé que hay días intermedios que son celestes con notas grises. Sé que no siempre es celeste, que hay una mañana y una tarde que están llenas de colores y una noche que es negra como mi ceguera. Aunque sé que hay una luna y mil estrellas que iluminan, pero no calientan.

Sé que la gente tampoco mira el cielo, que, a lo sumo, se lo guardan en una foto, en esa costumbre que tienen de guardar para ver después. Sé que se puede ver el cielo una foto aunque sé que no es lo mismo.

Lo que no sé es qué es celeste, o el blanco, ni los colores de la tarde. No entiendo por qué la noche es clandestina, ni tampoco lo romántico de la luna y las estrellas. Para mí, romántico es el roce de la piel o que me susurran al oído. No sé cuándo es la tarde ni por qué no dormimos de día. Que alguien me explique por qué son distintos los ruidos de la noche que es parte del día aunque sea lo contrario de día. Quiero saber qué atardeceres son dignos una foto y cómo cambian los colores cuando sale el sol. Me lo imagino como una escala musical lenta y algo perceptible.

Del cielo no entiendo lo que sé, pero para mí el cielo no es otra cosa que la extensión del espacio que me rodea,

del aire que percibo como ausencia, como un silencio, como la muerte. Ese espacio que crece sobre mi cabeza, de donde nace la lluvia que me moja o el viento que me abraza. El cielo es la falta de un techo que encierra mis gritos, porque el cielo, como yo, todo lo escucha, todo lo conoce aunque no lo comprenda.

MartiZero

Escribo porque es algo que me gusta, escribo porque cada vez que lo hago quiero meterme de lleno en los distintos mundos que puedo llegar a inventar, escribo porque me distrae por unos momentos del mundo real y sus problemas por eso escribo.

Caperucita roja y el lobo

En un lugar lejano cerca del bosque, se podía ver en la una acogedora cabaña donde vivían una anciana, Nana, junto con una joven, Rose, aparentemente de unos diecinueve años. La anciana tenía aspecto arisco, su pelo lleno de rulos grisáceos solo eran el fantasma de lo que alguna vez fuera, en anteriores años, una cabellera viva y frondosa. En medio del rostro poseía una cicatriz que iba desde arriba del ojo hasta casi al labio; en su mano derecha habitaban tres grandes cicatrices en forma de garras. En cuanto a Rose, su cabello eran como el carbón: tan negro que incluso podrías quedarte atrapado en él; sus ojos eran como dos esmeraldas a la luz del sol, pero lo que más la hacía resaltar entre las demás mujeres era su caperuza del color rojo. La belleza de Rose era tan exótica que incluso tenía algunos pretendientes fuera del pueblo. Ella no poseía ninguno problema con la gente, aunque a pesar de ello, se la pasaba todos los días con su abuela.

Cada día hacía la misma ruta para buscar manzanas para la cena, y cada día, desde lejos, la observaba Alex, un joven de veinte años que, por la apariencia de su ropaje, se podía deducir que practicaba el oficio de leñador. Alex no tenía el valor de hablar con ella, no surgía en su interior, pero, a pesar del pequeño inconveniente, su mirada atrajo la atención de Rose. Tiempo después, las conversaciones empezaron a surgir. Con el paso del tiempo, los sentimientos brotaron. Pero su

abuela se oponía ante tal apego, diciéndole que él podría dañarla. Esto la tomo desprevenida, sin embargo, no la hizo cambiar de opinión. Las discusiones eran cada vez más frecuentes y acaloradas, tal era el asunto que siempre recurría a Alex, ya que en sus palabras se podía sentir segura como si el mal se fuera. “Tarde o temprano tendría que aprender”, dijo su abuela Nana, esta vez mucho más estricta que de costumbre. Al principio pensó que pronto se le pasaría porque ella siempre era bastante desconfiada con el resto de las personas, pero lamentablemente no fue así. Cuando en medio de una discusión bastante exaltada, Rose sintió un calor abrazador: “Dejame tomar el control y yo acabaré con todos”, le susurró aquella presencia. Al principio no le hizo caso, pero de pronto un dolor en su cabeza la debilitó. La extraña voz aprovechó para poseerla. El cuerpo de Rose se agachó soltando un alarido profundo, lo suficiente para alertar a la aldea. Nana estaba asustada, tanto que empezó a perder el color de la piel, junto con sus manos que temblaban sin control. Por dentro pensaba el terrible error que había cometido al no confesarle a su querida nieta sobre su descendencia.

El cuerpo de Rose cambio de tamaño, sus extremidades mutaron: paso de tener dedos a tener garras tan grandes que partirían a un hombre por la mitad; de tener una boca a un hocico de dientes afilados. El proceso fue lento y doloroso, pero cuando la luna llena dejo de ser tapada por las ligeras nubes, su luz ilumino la vivienda y en la oscuridad de la noche solo se escuchó un aullido que abrazo la soledad de toda una aldea.

Fuego y agua

Cuando llegué a la esquina, vi que mi casa se incendiaba. Nada podía hacer. De poco servían las plegarias de mi madre, la cual se encontraba suplicando a Dios y a todos los santos, pero su voz se apagaba y solo se oían sus quejidos.

Mi padre, en cambio, no mostraba ninguna emoción, pero lo delataban sus manos, estas apretaban con fuerza su reloj de bolsillo, casi juraría que sus venas explotarían. No sabía si acercarme a él o simplemente quedarme callada en la distancia. Cerré los ojos evitando a toda costa hacer algo que luego me terminará perjudicando. La imagen del fuego vino a mi mente, el sonido exterior se apagó poco a poco, solo éramos nosotros dos: el fuego y yo, viéndonos, analizándonos, no dejábamos nada a la suerte. Extendí mi mano tratando de que su calor me abrazara, ante lo cual él retrocedió, atemorizado, como si pudiera hacerle daño. Aquello me provocó un profundo dolor, pero no dejaría que viera mi tristeza, así que con pasos decididos me acerque, ninguno de los dos iba a dar el brazo a torcer.

Cuando al fin nuestras manos se tocaron, un grito salió de mi garganta. Abrí los ojos, todos me miraban como si fuera un fenómeno. Bajé la mirada para ver la enorme quemadura en mi mano derecha. Ante esto solté una pequeña risa y miré la luna.

Acompañado

La casa se encontraba en completo silencio. Cada mueble estaba cubierto por una capa de polvo, como si durante años nadie se hubiera preocupado por la limpieza. En el comedor se encontraban dos personas, una mesa, un vaso, dos espejos. En los rostros de ambos se apreciaban distintas emociones: uno de ellos agarró su vaso, lo miró fijamente para luego beberlo tan lento como si quisiera retener el sabor del Whisky en el paladar. Se miraron fijamente a través del cristal, la mirada de uno mostraba preocupación mientras que el otro carecía de ella.

Siempre se encontraban a la misma hora. Siempre eran dos personas, una mesa, un vaso, dos espejos. Nunca fueron unidos, por más que quisieran acercarse, algo los separaba: una enorme grieta. Por más que uno de los dos intentará salvar al otro de una caída inminente, nada podría hacer, simplemente observarlo, resignado. Aunque algunas veces pensó que podían ser más que dos personas, una mesa, un vaso, dos espejos, no había posibilidades de lograrlo.

Tobías Rivero

Escribo porque me gustaría, en un futuro, que a partir de mis historias surjan novelas y series. Sobretudo escribo porque creo en mi imaginación y me gustaría que estas historias que tengo en mi cabeza lleguen a ser publicadas.

El puente

Eran las 11:00p.m. Atrás habían quedado los días de sol en la playa jugando al tejo con amigos, un fútbol tenis y beber un poco para pasar el rato. Ahora es el momento de volver a casa.

Más temprano nos encargamos de guardar en el auto las cosas antes de salir del centro de la ciudad. Veía cada paisaje recorrido con el anhelo de volverlo a visitarlo en un futuro verano.

Ya eran las 11:30p.m. Más de 5 horas de viaje y aún no habíamos llegado a la mitad del camino, mis pies adoloridos imploraban salir del encierro, atrapados entre tantas cosas que apenas les permitían moverse. Los ojos se me apagaban de a ratos debido al cansancio que tenía. Fue en uno de esos momentos en los que mi hermano golpeó mi cabeza haciendo que me sobresalte:

—Pendejo de mierda, ¿qué quieres? -dije con un evidente gesto de enojó.

—¿Qué te pasa Gastón? ¿Te estabas que dando dormido? -respondió con un sutil pero entendible tono irónico.

—Sos un boludo, Hernán, déjame dormir un rato al menos, hace horas andamos por la ruta por este tráfico de mierda.

—¡Eh! Basta de insultar, ya un poquito avanzamos, muy poquito, pero avanzamos.

—Jaja, que chistoso sos- papá -dije con la mayor seriedad que podía.

—No suelo coincidir con él, pero el pibe tiene toda la razón -agregó Hernán.

—Ya, chicos, no se impacienten, intenten estar tranquilos -dijo mi papá con un pequeño matiz de enojó.

Así pasamos diez minutos más en el estancamiento de la ruta. Fue allí que apoyé la cabeza en la ventana y desde ahí vi un camino despejado.

—Papa, por allá hay un lugar libre -le dije-, podemos esquivar el tráfico por ahí.

—No lo sé, Gastón, no aparece ese lugar en el GPS.

—Ya está, Pa, mándale por ahí sino no llegamos más.

Luego de un rato mi papá decidió hacernos caso y doblar hacía el camino. Fue bastante fácil debido a que estaba totalmente despejado aunque parecía estar sin cuidado hacía largo tiempo. Por eso el coche daba un par de saltos, el pavimento todo agrietado, además la oscuridad era casi absoluta, ya que había muy pocos focos alumbrando la senda y los que había titilaban. A medida que más nos internábamos en aquel camino, más cosas nos encontrábamos: una de ellas fue una serie de cuerpos de animales muertos llenos de sangre y desmembrados.

—¿Dónde carajo nos metimos? -dijo mi papá.

—Creó que no fue la mejor opción -miro a Jason, nuestra mascota-, el perro está muy inquieto, pá.

—Y... para no estarlo -respondió él.

Fue entonces que el perro se puso a ladrar al frente, por lo cual, achinando la mirada, intentamos descubrir aquello que le llamaba la atención.

—Un puente, quien pondría un puente en este lugar -dije.

Tras cruzarlo, se veían varias casas abandonas, todas y cada una de ellas descuidadas. Fue allí que de la nada el auto se apagó haciendo que los tres nos miráramos preocupados y asustados. El perro se volvió loco y se lanzó del vehículo, en dirección hacia el bosque que rodeaba las casas.

—¡Jason! -grité, para que volviera.

—¿Que carajos le pasó al perro? -preguntó mí papá.

—Tengo que ir a buscarlo -dijo Hernán.

—No, yo voy a buscarlo, chicos, ustedes quédense aquí. Ya vuelvo.

Papá se bajó del auto con decisión, cerrando las puertas del vehículo antes de adentrarse en el bosque.

—¡Jason! ¡Jason! -se escuchaba a lo lejos.

—Tengo unas ganas de irme al carajo -dijo Hernán mientras prendía la linterna de su celular.

Fue cuando de pronto el auto y sus luces se empezaron a prender y a apagar. Al mismo tiempo, se escuchó un ruido en el bosque que hizo que nos helara la sangre.

—¡¿Que está pasando?! -pregunté en voz baja, casi inaudible.

—Tranquilo Gastón, todo va a estar...

De repente nos lanzaron algo contra el capot del auto. Soltamos un grito, el cual creció al ver una figura enorme y enmascarada siendo alumbrada por las luces del coche.

—Debemos irnos -dijo mi hermano mientras se ponía en el asiento del volante.

—Pero, ¿y papá? -pregunté antes de ver qué la persona enmascarada nos enseñaba la cabeza de nuestro papá.

—¡Maldito hijo de puta!

Entonces mi hermano intentó encender el auto pero no respondía.

—Vamos, por favor, encendete -dije llorando.

En ese momento el auto encendió y mi hermano piso el acelerador a fondo para pisar a aquel tipo pero al chocarlo pareció desaparecer. No tuvimos mucho tiempo para pensar ya que de repente nos golpeamos con una de las casas. Justo en el momento del impacto, desperté.

—Gastón... Gastón, ¿estás bien? -Hernán me miraba asombrado.

—Hernán, ¿qué pasó con el tipo?

—¿Qué tipo? ¿De qué hablas?

—¿Papá? ¿Jason?

—Están bien.

—Que bueno, solo fue una pesadilla.

—Gastón, justo te despertaste cuando encontramos un camino más rápido, que no aparece en el GPS pero seguro haya menos tráfico.

Fue allí cuando mire por la ventana. El corazón y la piel se me congelaron por última vez.



Laura Acuña

Escribo porque a través de la escritura lo que parece ausente deviene pura presencia y escribo para aliviar mis inquietudes internas.

(1)

Dicen que en el futuro los abrazos estarán prohibidos
y caminar de la mano será un delito.

Los campos estarán desiertos porque el aire puro será
una amenaza.

Cada cual vivirá aislado,

y unos lentes serán los que crearán experiencia.

No existirá mirarse a los ojos

pues será considerado una invasión a la propiedad
privada.

Sí, los ojos serán considerados propiedad privada.

Y de esta manera los cuerpos se objetualizarán.

Se vivirá tan desconectado, que llamarán conexión al
contacto de un aparato con una fuente de energía.

Los hombres ya no escribirán cartas

y escuchar por tres minutos a una persona será una
pérdida de tiempo.

No se respetarán las pausas y los silencios, porque no
se escuchará,

tampoco se intentará comprender al otro,
sólo se querrán ganar discusiones.

Dicen también, que los lentes serán objetos de status
social

porque el desierto crece hasta llegar a la profundidad
del hombre.

Por lo cual se buscará cubrir los ojos

ya que expondrán el desierto del alma.
Dicen que el futuro es hoy
Pero los lentes han impedido que el hombre se
percatará.

(2)

Leí un poema que me recordó a vos. Suelo encontrarte en las cosas bellas, en la poesía, en la lluvia, en una comida rica, en la picardía de un niño. El otro día te vi en la carita de tus nietas a las que no llegaste a conocer. A veces veo un árbol y te recuerdo, otras te veo en un adolescente travieso. Te veo en camisas coloridas y en manos con dedos faltantes. Te encuentro en los pibes de la esquina, y en los locos que nadie logra entender. Te sigo encontrando en el frágil adicto papá y te encuentro en el hombre lleno de fe que le pide a Dios una oportunidad. Yo te veo en el que se equivocó tanto y más, te veo en el que canta a gritos de Su gracia sobrea-bundante. Yo te sigo encontrando. En el que baila ridí-culamente sin importar lo que dicen los demás. Te encuentro en aquellos que aun amasan su pan. Te encuentro en unos pies descalzos que no le temen a la tierra, y en aquellos que ven un árbol y con entusiasmo lo trepan. Yo te encuentro en tantas cosas simples, en esos gestos de admiración hacia los locos. Yo te encuentro en los chistes, en la caradurez, te sigo encontrando en la impertinencia. En la picardía y en la generosidad, te encuentro en la risa insistente, te encuentro en un perro sarnoso que aun abrazas y bañas. Te encuentro en esos padres amorosos y locos por demás. Pero todavía no te encuentro en la seriedad, seguís bromeando y haciendo enojar a Ga. Y todavía te veo abrazar a Di. Te veo en aquel padre tan valiente que pide perdón. Yo te

veo, papá, porque es imposible que te vayas lejos mientras estemos acá. Y un día cualquiera te recuerdo. Y escribo tu nombre porque quizás de esta manera también otros te recuerden.

Te recuerdo como un loco que leía la Biblia a gritos al despertar. Todavía puedo oírte y contagiarme de esa pasión.

Sí, estabas completamente loco. Y aunque muchos otros se compadecían de este papá que me tocó, yo agradezco a Dios porque fuiste vos. Frágil y valiente. Real, humano, pero mío. A nadie sentía tan mío como a vos. Y me encanta saber que te haces presente un día cualquiera y que los que no te conocieron aun oyen de vos. No te presento como el ejemplar. No te disfrazo, ni maquillaje, te presento real, porque te amo a vos y no a un ideal.

Martín Eugenio Lanza

Escribo para darle sentido a mi vida. Y dejar una huella de este paso por el mundo a futuras generaciones lectoras.

Clases porteñas

Hace mucho, me tocó dar la primera clase de filosofía en un colegio de Lanús. En ese momento tenía 27 años y muchas dudas de cómo pararme frente a los alumnos. Ensayé mil y una técnicas de oratoria en casa, entre las cuales recuerdo: pararme frente al espejo y hablar de la manera más fluida posible.

El primer martes de marzo me acerqué al umbral de la puerta del aula. Recé tres padres nuestros y entré. El curso que me aguardaba sentado en sus respectivos asientos era de noveno. Adolescentes transitando los últimos años de la edad del pavo.

—Buenos días a todos -dije parada frente a ellos-. Mi nombre es Vanina y juntos vamos a navegar por las aguas abiertas de la filosofía. ¿Alguno de ustedes tuvo esta materia antes? -pregunté, a lo que con sus cabezas me dijeron que no. Sentí que estábamos pasando una experiencia nueva todos. Mi primera vez a cargo de un curso y su primera vez en esta asignatura.

Se me ocurrió una idea para hacer más amenas las clases. No tuve mejor plan que permitirles a los chicos tomar mate mientras les daba alguna actividad. Yo sería la encargada de tener la pava, porque en sus pupitres no sólo que había muy poco lugar, sino que además sería peligroso que les cayera agua hirviendo.

El primer día que estuvimos juntos les expliqué la importancia que tiene la filosofía en nuestras vidas y en la sociedad. Les compartí que muchas veces estamos filosofando con algún amigo y no nos damos cuenta, que grandes mentes habitaron nuestro planeta hace miles de años y se preguntaban cosas que tienen relevancia hasta el día de hoy. Cierta día, un alumno que estaba sentado en el último asiento junto a la ventana, me preguntó si el alcohol ayudaba a filosofar. Le expliqué que las bebidas alcohólicas en exceso hacen una suerte de evasión en las mentes de las personas, que muchas veces queremos tapar angustias o tristezas por medio de excesos, pero que se puede divagar con los pies en la tierra, sin necesidad de consumirlos.

Con el tiempo fuimos abordando distintos autores clásicos, a través de actividades donde debían pasar al frente y ensayar como si estuvieran en la escena. A fin de año, en el acto escolar, ensayamos en el escenario la teoría de las cavernas y en lugar de ser la luz lo que hallaba el iluminado, era la pava y el mate. Eso fue sin duda un hallazgo que pese a estar en disputa su origen (si fue con los gauchos de la Banda Oriental o del Virreinato del Río de La Plata) hoy forma parte de nuestras costumbres las cuales esperamos que se sigan extendiendo de generación en generación.

Un día en la vida

Soy un sujeto diferente al resto. Si bien me considero una persona afable, evito los lugares donde se amontona mucha gente. Sin embargo, los espacios cerrados como cafeterías me pierden. Algunos de los lugares que suelo frecuentar se encuentran en el centro porteño. Café de por medio y lectura de lo que fuere: Diario o algún libro.

Soy uno más del montón, uno que camina por calle Corrientes, desperdigado entre la muchedumbre. Mis pensamientos van y vienen como el péndulo de un reloj antiguo. Pongo mi atención en rostros de personas que no perduran en mi memoria, se esfuman con el paso del tiempo. Me pregunto: “¿Cuántos pies han caminado por la vereda que camino?”. Para ciertas preguntas no tengo respuestas. Pero me consuela saber que tampoco se puede conocer el origen de nuestra existencia.

Son las cuatro de la tarde y recorro el parque. El sol otoñal no tiene tanta fuerza como durante fin de año. Los árboles bailan al compás del viento. Un señor disfrazado de ángel tira alpiste para las palomas. Entre ellas, una cotorra, la única de su especie en el grupo. Se afirma en el centro para llevarse todo lo que pueda comer.

A cincuenta metros de la puerta enrejada de la plaza están los juegos. Esa parte está tomada por los niños, algunos de ellos viven en la calle. Hay quienes cien que

nadie puede acercarse porque tomaron posesión de ese sector. Son cuatro. La particularidad que tienen es que no llevan zapatillas. Los pies descalzos se abrigan en la arena caliente. El padre de uno de ellos está echado sobre un banco de madera verde. La evidencia está a la vista: los cadáveres de tetrabrik descansando sobre el pasto. Con los cigarrillos ocurre algo parecido: las colillas están desechadas y amontonadas sobre la tierra. Me cuesta no pensar en que las colillas tardan más de dos siglos en degradarse.

Llevo cuarenta minutos observando el parque y sus alrededores. La mesa que está junto a mí es de cemento y tiene un tablero de ajedrez tallado a mano. Pienso que sería una buena idea jugar una partida con alguien. Pero de mis amigos no queda ninguno. Están con Dios, si es que existe. Como dije al principio: "No soy una persona común y corriente, soy diferente". No suelo socializar con nadie. Y no es que me cueste, simplemente no lo veo necesario. Si me hablan, contesto. Pero no lo hago por respeto, sino para que la vida siga su curso de la manera más natural posible, sin forzar las cosas.

El reloj pulsera marca las seis de la tarde. A esta hora el sol cumplió su labor y parte al descanso. Yo también debería hacer lo mismo. Mañana será un nuevo día, pero aún quedan muchas cosas por hacer antes de dormir. Llego al departamento, siento que algo no anda bien: Farfly no me viene a recibir. Me parece extraño porque siempre que llego él está moviendo la cola. Camino por los lugares donde suele estar. Le chiflo, no aparece. No encuentro rastros suyos por la cocina o el

comedor. Prendo la luz del baño, tampoco. El único lugar que me falta inspeccionar es la pieza. Abro la puerta del dormitorio y lo veo tirado junto al ventanal que da al balcón. “¡Farfly!”, le digo, pero no se mueve. Repito su nombre otra vez y llevo mi mano a su pecho. El corazón late con normalidad, pero no encuentro de su parte ninguna señal que me indique que está bien. Me aferro a su lado y lo acompaño como él siempre lo hizo conmigo. “No voy a dejarte solo compañero”, le digo y me duermo junto a él.

A las once y media de la noche siento lengüetazos en la cara. Farfly está bien y más activo que nunca. Medito sobre qué pudo haberle hecho mal. Descarto la comida, siempre come lo mismo y nunca le hizo mal. Pero creo que el estar tanto tiempo solo en el departamento le pudo haber jugado una mala pasada. Sobre todo en lo anímico. Los perros sienten, y mucho. Para no sentirme solo, lo traje de la casa de mis padres el año pasado. Pero es cierto que desde que está conmigo pasa la mayor parte del tiempo sin compañía. Y un ser humano entre cuatro paredes puede aguantar solo, pero un animal necesita libertad. Así que decidí pasearlo y al día siguiente llevarlo a lo de mis padres nuevamente: ¿sufrir por mi culpa? Nunca más.



Enrique Rastelli

Escribo por necesidad, algo así como respirar, tipo anfibio: abajo del agua cuando no escribo, arriba del agua cuando lo hago, o a la inversa.

Manos de pollo

Mamá viaja a Brasil, allí la espera Garrincha. Junto a una multitud, el manosanta prepara todo el instrumental. Ella llega en micro. Va con unas primas. Todas le tienen fe a Garrincha. Mamá pone en las manos de aquel hombre, la esperanza de extirparle el monstruo que viene creciendo dentro de su cuerpo. Las manos de mamá tiemblan como tiembla todo su cuerpo. Ella tiene miedo de que un día su cuerpo se retuerza cual enredadera que la estrangule. "Garrincha te puede curar el Parkinson", le dijeron. Papá suspira, se mantiene en silencio. Asiente. Paga el boleto en micro hacia Uruguayana.

Cuenta mamá que aquel hombre santo, saca de algún lugar un animal parecido a un pollo. Un pollo muerto. Que le hacía toda clase de maniobras. Que luego, la carne muerta se depositó sobre el vientre desnudo de mamá. Ella no regresó muy convencida, pero no tenía opción más que esperar. Se sintió una mujer extraña, alejada del mundo que supo cuidar. El pollo húmedo, frío y destripado sobre su vientre blanco, tan blanco como el cadáver del animal, era la entrega de su alma al hombre de túnica color vientre.

Fue su único viaje a Brasil. A Garrincha no lo vio más. Papá suspiraba, apretando los dientes mientras esperaba la llegada de mamá en la terminal de ómnibus. Él también empezó a temblar.

Río escarlata

Se veía rojiza como el amanecer, su piel ajada, abriéndose en el tiempo. Su mate en la mano y su mirada en la costa. Tiene en sus ojos todos los secretos que le lleva el río. Él los vio, cuando en la mañana de invierno zarparon en una barcaza, casi destartalada, rumbo a Alberdi, con una manta cubriendo los lomos de las mulas que soportan el peso de los canastos y los baúles. Y partieron lentos entre remos curtidos de lodo. Del otro lado los esperaba la Angélica, el Atilio y su familia, junto a todo el enjambre de niños que rodea. Acompaña el remo, en medio de una niebla de ceniza. Sus cuerpos, flotando como fantasmas. El viejo ya lo sabía, conocía la ruta por donde las mulas traspasan las frutas, el carbón, la leña seca y unos cuantos cacharros para cocinar la mandioca y las tortillas.

Cuando arribaron a la orilla, que ahora es extranjera, la niebla comenzó a disiparse y la mañana se abrió dejando ver la huella. El paso firme del Atilio y la Angélica. Tardaron cinco días y cinco noches en volver. El viejo Arawi los espera del otro lado, en la orilla formoseña ganada en tantas batallas de antaño, en tantos arrebatos bélicos. En el mismo barranco donde se trenzaron bayonetas y las carnes quemadas quedaron en la rivera mezcladas de fango y sangre. Despatarrados los Dragones.

Ellos volvieron sin las mulas, con las alforjas llenas de arena y algunas pocas monedas y chucherías, algunos

jarrones sucios donde quemar incienso para las tardes de rezo. Para cuando se junten en los ranchos, para cuando los pibes duerman por las noches y él se lance sobre el cuerpo desnudo de la Angélica y le meta sus dedos chúcaros y su piel erecta. El color de la luna le cubre la cara a Angélica, su mandíbula abierta y el viejo sobre ella galopando como jinete en la siembra, quizás otro crío en varias lunas: se mueve como los remos que empujan el agua serena que separa las dos costas. Al mediodía, antes de la siesta, se ven legiones desembarcar. Van y vienen. Es una tierra sola la que separa este río, que una vez fue de la misma geografía, antes que las bayonetas y las espadas separen las banderas. El viejo lo sabía, sus ancestros se lo contaron, de generación en generación. Y ella navega por las noches pegajosas de primavera y él la espera hasta llegar el verano, donde el sol cae como lanza, y su piel ya no transpira, solo se endurece conservando líquidos, como lo hacen los camellos en los desiertos de afuera. De un lado u otro da igual, la entonación es la misma, la misma sangre, la misma ilusión. Y el viejo sigue preparando la caña todas las mañanas, levanta el fuego con madera achurada. El fuego y luego el humo traspasa la frontera. Del otro lado se conoce la pequeña fogata, se la adivina sobre el río, igualita a la que mearan aquella mañana los uniformes rotos luego de la faena. Izaron la bandera en un mástil improvisado sobre tierra seca y allí se quedaron. El viejo ya lo sabía, se lo habían contado sus ancestros, de generación en generación, cuando la geografía era una sola. Una parte de su familia aquí y la otra allá, así fue, y las banderas en el tiempo cam-

biaron los himnos en las escuelas. Ellos siguen cruzando el río como lo hacían sus ancestros.

El viejo aguarda y aconseja a su tropa, y a su familia le enseña el camino por el río para llevar del otro lado, en su tierra, el trabajo diario, y la cosecha va y viene sobre las mulas.

Bauti Saravia

Escribo por qué encuentro en esta actividad la capacidad de expresarme y con ello de animarme a darle forma a muchas cosas que deambulan en mi cabeza. También, por qué escribiendo, encuentro una forma personal de hacer arte que me representa, impulsándome esto a querer desarrollar un estilo único donde los textos e ideas sean míos y no de otro.

Muerte y vida

El sol se escondía detrás de las montañas cuando Phill se detuvo por un momento a tomar agua. Hacía horas que ya no podía sentir sus piernas y hacía muchas más que había emprendido la caminata. Su objetivo, encontrar una cabaña y a la persona que habitaba en ella. El desafío, como le habían anticipado, que ésta aparecía recién cuando ya los árboles no superaban los dos metros de altura y la corriente del río cambiaba de dirección, sin contar que solo es posible llegar hasta allí cruzando de norte a sur el bosque, lo cual demora al menos un par de días.

Debido a su urgencia, no se había permitido frenar demasiado. Vació su cantimplora de un sorbo y, antes de que sus músculos se enfriaran, retomó su caminata. Cuando la oscuridad lo envolvió por completo no tuvo más remedio que detenerse e intentar descansar al menos un par de horas. Antes de quedarse dormido revisó su libreta una vez más y descubrió que menos de un día a pie lo separaba de su destino. Ni siquiera Phill era capaz de recordar cuándo fue la última vez que pudo sentir, al menos, algo de esperanza. Luego de un suspiro que se extendió por unos segundos, el sueño lo cobijó.

El día siguiente solo se trató de lograr el objetivo. Apenas pasado el mediodía y después de caminar toda la mañana, el paisaje cambió y Phill se encontró con un lugar que parecía cumplir todos los requisitos.

Frenéticamente, giró una y otra vez su cabeza buscando la edificación, caminando sin parar por la zona. Desesperado por no encontrar nada expulsó un grito que hizo eco por todo el lugar. De pronto, una migraña lo hizo trastabillar y cayó al suelo como si sus piernas se apagaran de un momento a otro. Entendió que estaba perdiendo el conocimiento cuando la vista se le puso borrosa y no fue capaz de emitir sonido alguno.

Phill despertó en un sillón, resguardado por un fuego y con una persona mirándolo. Se cayó al piso gracias al susto.

— ¿Me buscabas, no es así? -pronunció el hombre que observaba a Phil.

— Sí -respondió Phill mientras su voz se entrecortaba. ¿Usted es el hombre que vive alejado de todo y de todos? Debe ayudar a mi hija, por culpa de una enfermedad se encuentra peleando entre la vida y la muerte -el hombre hizo una mueca semejante a una risa, pero sin emitir sonido-. Nadie más pudo ayudarla y mi desesperación me trajo hasta aquí ya que...

— ¿Sabes quién o qué soy? -interrumpió el hombre antes de que Phil pudiese terminar de hablar.

— Supuse que un curandero o algo semejante a un mago.

Otra mueca se vio reflejada en el rostro del hombre. Sin apartar la mirada de los ojos de Phill, se puso de pie y empezó a recorrer la habitación con paso cansino.

— Nunca nadie me había llamado así...- reflexionó unos segundos-. Ya no recuerdo cuándo fue a última vez que hablé con un organismo sintiente. Hasta en-

tonces, al menos me reconocían como un dios. ¿Qué sucedió en la tierra en todo este tiempo? ¿Por qué alguien tan ordinario e insignificante osa llamarme curandero?

El hombre siguió pronunciando palabras inentendibles hasta que Phill lo interrumpió.

—No entiendo de qué me habla. Como le dije, estoy desesperado, mi familia está desesperada. Ningún tratamiento que se intentó siquiera pudo bajarle la fiebre, hace semanas que mi hija se viene deteriorando minuto a minuto. Puedo ver en sus ojos cómo la vida se le agota. ¡Por favor! Usted es nuestra última esperanza.

Phill intentó pararse, pero su cuerpo seguía entumecido y volvió a caer tumbado en el suelo de madera.

—Calma Phillip, su cuerpo necesita aclimatarse al ambiente, sírvase una taza de té y bébala hasta el final.

—Pero mi hija me necesita. Por favor.

Phill sintió la mano del hombre en su frente y sin hacer ningún movimiento, se encontró bebiendo de la taza, sin detenerse hasta terminarla.

—Ahora sí. Cuéntame de qué ha enfermado tu hija.

Phill empezó a relatar de manera detallada las semanas previas a que su hija enfermara. Acusó a varios animales, a un grupo de forasteros que llegaron enfermos a su aldea y también al agua que para esa fecha tenía un sabor y color extraño. Phill divagó varios minutos contando sus hipótesis, explicando que no era solo su hija

era quien padecía esta enfermedad dentro del pueblo. Su desesperación y su angustia llevaron a que el hombre lo interrumpiera.

— ¿No te has dado cuenta con quién hablas? Tu desesperación es tal que te resulta imposible ver a la muerte a los ojos y reconocerla.

Phill dejó de pensar en su hija por primera vez en semanas. Quedo petrificado al escuchar esas palabras. Por primera vez puso su atención en aquel hombre y un escalofrío recorrió su cuerpo durante algunos segundos. Era un hombre entrado en años, raquítico. Sus huesos parecían cubiertos por una tela blanca que hacía de piel. El hombre se fue quitando el tapado que lo vestía a medida que Phill lo recorría con su mirada. Finalmente, removió la capucha que cubría su rostro. Phill se estremeció aún más, jamás había visto una mirada semejante. Eran ojos negros como la oscuridad absoluta, carentes de vida.

— ¿Ahora lo entendés? Soy capaz de cumplir tu deseo. Soy capaz de mucho más que eso. Soy la fuerza de la naturaleza más poderosa que existió, existe y existirá.

Phil se despegó del sillón de un salto y corrió hacia la puerta sin dudar en escapar y olvidar ese momento lo más rápido posible. Pero la voz de la muerte lo paralizó.

— ¿Por miedo olvidarás a tu hija? Pensé que estabas desesperado, Phillip. Que estabas dispuesto a todo para salvarla. Si existe alguien o algo que puede ayudarla, soy yo. Una vida por otra vida, porque La Muer-

te siempre debe recibir lo que es suyo. ¿Qué estás dispuesto a hacer realmente?

—Lo que sea.

—Ajá, ¿Cuántas vidas puedes regalarle a La Muerte? ¿Tu aldea entera? Querido Phillip, debes saber que a mí me han encerrado aquí en el principio de los tiempos. Los primeros hombres con ayuda divina decidieron que La Muerte estuviera presa en esta cabaña. Solo aquí es que puedo existir. ¿Te has preguntado bajo qué circunstancia un hombre vive o muere? Me encerraron aquí, bajo sus reglas, condenándome a una existencia sin sentido, alimentándome de todas las muertes, incluso de la muerte de tu hija. El propósito de morir es darle un sentido a la vida y eso transforma a la muerte en la única verdad absoluta de esta existencia. Por eso me encerraron, admiten necesitarme, pero bajo sus propios términos. Privaron a todo lo vivo de encontrar paz en la muerte. ¿Existe un premio mayor que alcanzar la paz, Phillip? Ninguno. Te lo aseguro. Piensa en tus acciones, tu hija muere minuto a minuto y desperdicias sus últimos momentos hablando conmigo. Buscando una cura imposible. Si pudiese estar libre, fuera de esta prisión, si la muerte fuera lo que La Muerte es por naturaleza, tanto Ofelia como tu familia encontrarían paz en su muerte -la Muerte hizo una pausa. Vio a su invitado dispuesto a seguir escuchando y continuó-: Mis hermanos vieron su propia codicia en mi poder, en mi verdad. Me encerraron porque si lo vivo se entrega en paz a la muerte, al fin seríamos libres. Usaron todo su poder para crear este calabozo del que no puedo escapar. “Solo alguien que quiera tu li-

bertad por naturaleza y no por poder, será capaz de liberarte”, esas fueron sus últimas palabras antes de dejarme aquí para siempre.

— ¿Quiénes te hicieron eso? -Phill preguntó lo primero que vino a su cabeza.

— Solo debes saber que son mucho peores que yo. Ven querido amigo, siéntate y bebe una taza más.

Phill obedeció. La Muerte le sirvió más té y con unos gestos le indicó que lo bebiera. Después de eso, recorrió su sala hasta llegar a una biblioteca, tomó un libro y volvió hacia su invitado con una sonrisa en su rostro.

— Hace tiempo no hacía esto -dijo La Muerte mientras ocupaba otro sillón de la sala. Ojeó el libro mientras balbuceaba palabras. Phill esperó en silencio y al cabo de unos minutos sus ojos se reencontraron con los de La Muerte que estiraba su brazo para alcanzarle el libro.

— ¿Qué son estos dibujos?

— No apartes la vista del libro, él hará que seas capaz de entenderlos -sentenció La Muerte antes de pararse y volver a recorrer la sala.

Phill, incrédulo, fue viendo cómo en las hojas de ese libro aparecían palabras, dibujos de un momento a otro. Era capaz de entender el lenguaje que hacía segundos no. Su corazón se aceleró y en ese instante supo que realmente estaba frente a La Muerte. Aquel hombre avejentado, huesudo y con el cuerpo deteriorado ya no estaba en la sala. En su lugar, un ser gaseoso, amorfo, espectral. Phill se estremeció como nunca

antes, pero, antes de intentar huir, alzó la mirada y encontró los mismos ojos que tantos sentimientos le despertaban.

—¿Ahora comprendés, Phillip? Este soy yo, mi forma verdadera, lo que te conté y leíste, mi historia. ¿Qué piensas ahora de la muerte, de su naturaleza? ¿Sigues queriendo salvar a tu hija a toda costa? Págale a La Muerte con muertes y obtendrás su vida, eso ofrecí y si lo quieres lo tendrás. Si me liberas, en cambio, no solo tu hija sino toda criatura viva se encontrará con la muerte que merece. Tendrán la paz que hoy resulta inalcanzable y mi existencia recobrará su sentido natural. Que la muerte sea el final que la historia se merece.

El fuego que ardía en la sala se apagó. Phill cayó al piso de rodillas cubriéndose la cara con sus manos, ahogado en sus pensamientos, lamentando la decisión de salir en busca de un curandero, extrañando a su hija y sabiendo que debía dejarla ir. El llanto de Phill era desgarrador y sincero. La Muerte observaba en silencio, respetando a aquella criatura insignificante que había logrado conmoverlo.

—Déjame despedirla. -dijo Phill y se puso de pie. Limpió su rostro y encontró aquellos ojos que lo miraban. Extendió su mano y La Muerte lo sujetó. Caminaron hasta la salida en silencio. Phill tomó el picaporte, lo giró, sintió a La Muerte apretándole la mano. Al abrirse la puerta, una sensación inexplicable recorrió su cuerpo.

Al abrir los ojos, Phill reconoció su hogar, su aldea. Corrió a la velocidad que su cuerpo le permitió. Entró y vio a su esposa y a su hija Ofelia riendo juntas. La familia se unió en un abrazo, casi interminable. “Se curó”, le susurró su esposa al oído. Phill cayó de rodillas, envuelto en alegría y apretó a su familia contra él. Recordó a su nueva amiga y entendió que La Muerte le regaló la vida a su hija.

Lucas Itkin

Escribo porque es la forma más sana que encontré de cuidarme.

Era sangre y afuera llovía

Cuarto día que no venía nadie,
cuántas horas las que estos tenían.

En la ventana la noche
y cada tanto la luna.

En la calle neblina, neblina, neblina.

El vidrio de las botellas y delante mi cráneo,
Jesus en la iglesia esperando a su párroco.

Trapear la barra, escurrir el trapo.
Mirar mi cara en el espejo del baño.
Al final un trago y Afuera neblina.

Neblina y destello,
Ruido de moto estacionando.

Escuché rechinar la madera.
Ví a la puerta girar.
Sentí alegría, que yo podía
hasta que lo ví armado.

Minutos después
tirado en el piso lo sabía:
Era sangre y afuera llovía.

Beto

Se escuchaba el ruido de la muchedumbre ilusionada. Toda esa gente, que desde su repentino retiro no supo absolutamente nada sobre él, ahí se encontraba, alentando y acumulándose entre sí como si fuesen adolescentes para los que el tiempo jamás hubiera echado a correr.

Beto en cambio, su espíritu hacia mucho había mutado. Incluso se borró los “Miller Beer” y “Cerrajería Zapata” que tenía tatuados en la cara y que causaron furor en su momento. Él ya no era más quien todos recordaban, ahora se dedicaba a tener un trabajo como el de la mayoría y un hogar. Incluso era padre. Nadie lo volvió a ver porque su cambio fue tal, que al cruzárselo no lo reconocían.

¿Y entonces por qué volvió? volvió porque detestaba su pasado y necesitaba ponerle un fin. Creía que despedirse cara a cara diciendo “Chau, hasta nunca”, era la única solución.

Entonces decidió llamar a viejos contactos y organizar el evento del final de su carrera. Tan pronto como se difundieron los flyers, los temas de Beto comenzaron a resurgir. Colocándose en los primeros puestos de tendencias en el continente. Muchos fans, emocionados, quizás unos cuántos presentes acá hoy, empezaron a comentar por redes sociales sobre su talentosa carrera.

Uno decía: “Cuando los artistas de acá sacaban temas hablando con acento como de Miami, él la rompía sin cambiar la voz de ninguna manera y para el momento en que éstos se animaron a no mostrarse como caribeños, Beto sacaba un álbum entero con acento como de Puerto Rico con incluso partes cantadas en inglés. Sin dudas un adelantado”.

Tampoco faltaba el comentario del tipo: “Beto es un grande, me acuerdo la mítica entrevista que le hicieron donde dijo que para él su vida era como ‘un sorete, pero de marca’”.

Abajo otro, recordando los inicios, señalaba: “Cuando de verdad la pegó fue justo al año en que salió de la secundaria, con WOLF. Un tema que era una reversión del cuento del lobo, ese cuento donde el protagonista, tras haberle mentido a todo su pueblo, se encontraba sin quién le creyese”.

Acababan de terminar los teloneros y contemplo como el whisky en su vaso vibraba. Apuró el último sorbo y juntó valor. Trató de recordar cuando la exposición no le generaba nada. Escuchó su nombre a través de los parlantes y salió a reencontrarse con su pasado, aquel que por tantos momentos había soñado y también querido olvidar.

Una vez en el escenario se topó con muchísimos ojos que lo miraban con sorpresa. Tomó el micrófono y se animó a preguntar: “¿Cómo anda la gente hoy?”.

El público inmediatamente agitó. Contento de verlo de vuelta, cosa que en Beto penetró y para bien. Esa noche iba a dar el mejor show de su carrera. Los seguidores

estaban extasiados, gritaban su nombre. El lugar ya olía a triunfo y sudor cuando antes de terminar zonaron los acordes de WOLF y el lugar se iluminó de rojo. Las máquinas de humo largaron tanto como pudieron. En la pista comenzó a abrirse un agujero. Empuñando el micrófono como un puñal, Beto en la orilla de la tarima cantaba su himno.

Desde su vista estaba frente a un mar picado, como el capitán en la proa de un barco que con el paso de la noche se deshacía, preparado para hundirse en las profundidades del océano y no salir jamás.

Aliviado de que aquella despedida fuera su despedida de los escenarios, y como último gesto ante sus seguidores, saltó hacia la muchedumbre, con los brazos abiertos. Pero cayó en ese espacio vacío entre el público y el escenario, siéndole fiel a su barco, hundiéndose con él, sin ser espectador ni artista.

Pablo Mandrilli

Escribo para inflar el salvavidas
que me mantiene a flote.

Primus circumdedisti me

Durante la noche despertó unas seis veces, menos que las noches anteriores pero con más angustia y desesperación, sensaciones que se exacerbaban cada vez que salía de su cama y se acercaba a la ventana que tenía junto para mirar siempre la misma postal, la misma imagen, la misma quietud, la misma nada. A pesar de la penumbra, que en el transcurso de esos meses pasó de ser un simple adjetivo para referir la falta de luminosidad a una especie de condición indefinida de materia informe, de estado de ánimo o de inhumana resignación de finitud. A pesar de todo, sus ojos se acostumbraron a la noche devenida en perpetuidad. Desde su ventana, lejos e inalcanzable, aparecía siempre la misma línea. No era otra, no cambiaba con los días, no estaba ni más lejos ni más cerca, a veces, tan solo algunas veces, creía verla un poco más arriba pero era solo una falsa impresión.

Una vez más se sentó cerca del escritorio, hizo unas rápidas anotaciones en su libro y volvió a la cama con una decisión en la cabeza que no podía tomar, que lo dividía como se dividía ese mundo lejano que asomaba en su ventana partido a la mitad por esa línea. Se preguntaba si detrás de ella no estarían sus hijos, Rodrigo y Carlos, esperándolo, convertidos en los hombres que nunca llegaron a ser. Sin embargo, los días en que la desesperanza lo empujaba a naufragar, se entristecía por lo ridículo de su idea. Pero en esas latitudes, bien

lo sabía a esa altura, era imprescindible creer, alimentarse de fe a pesar de lo insípido. La alternativa era la muerte. Como los espejismos que apuran la marcha del caminante extenuado hacia un destino inexistente, se sostenía en las esperanzas más absurdas e inverosímiles, en esas fantasías que rayan la locura, tal vez el último refugio de la humanidad frente a la realidad que se intenta disfrazar en tentativas, vanas por cierto. Esa línea que se había convertido en su única obsesión, en su espejismo, en el ideal de su malograda existencia, separaba el secreto de todos los mundos, de su mundo que veía renacer tras ella. La miraba entre respiraciones aceleradas y entrecortadas, apretando sus puños mientras esperaba que emergiera algo diferente, algo que conmoviera su letargo, esa muerte que permanecía suspendida alrededor.

Hubo días de extremo calor, de humedad asfixiante pero nada lograba ahogarlo como lo hacía el sentimiento del fracaso, una cuerda que se anudaba en su cuello y presionaba a medida que los días transcurrían. Una fuerte sacudida lo tiró de la cama. Cayó en la suculencia del suelo, en la inmundicia de su presente, aspirando la podredumbre de su espacio, de su vida, hasta hacerlo vomitar. Se durmió. Volvió a despertarse durante la noche, una más, siempre era una más. Llevaba un registro de cada día pero aun así despertaba sin tiempo: se les escapaba entre sueños y desvelos. Se asomó por la ventana, por la misma que tantas veces lo había hecho. Le conocía cada irregularidad, cada detalle, como si ese hueco, ese óvalo transparente hacia el afuera se hubiera convertido en su único ojo y la línea,

esa maldita línea, ese horizonte inalcanzable, su único mundo. Vencido, resignado, agobiado, extenuado entre la locura y la desesperación, pero vivo, tristemente vivo. Se agarró la cabeza y enredó sus dedos en el pelo grasiento y sucio. Volvió a su libro y escribió unas pocas palabras. La epidemia, declarada hacía pocos días, era un problema que se sumaba a los ya existentes.

Registró: "Novedades: Epidemia. Diecinueve muertos y treinta enfermos".

Estaba atrapado y, sin embargo, podía dirigirse a cualquiera de los horizontes que lo rodeaba. Todo escaseaba y el afuera, imperturbable, hacía de su situación un contraste lastimoso. Al inicio, ese mismo paisaje le había parecido un espectáculo de belleza inigualable (la infinitud, la inmensidad, el cielo y sus estrellas tan cercanas como jamás las tuvo en su vida) pero ahora todo se había convertido en una pesadilla, infinita también, todo era infinito porque el tiempo estaba muerto. Volvió a su cama pensando en si la empresa que había emprendido tendría algún sentido pero antes de encontrar una respuesta a esa pregunta, Magallanes cayó vencido por el sueño o, tal vez, la resignación.

Abismo

Habr  de ser mi existencia,
despojo de humanidad,
destello de la llama que no fue.

Serán mis esperanzas
vuelos de alas amputadas,
ambiciones de gritos que han sido sofocados,
lenguaje de una fe sin contenido,
sepultada y olvidada
en el abismo de mi ser.

 C mo brotarán de mi boca, ahora ausente, los
suspiros
si el ensueño que los nutren
en apática vigilia se han convertido?
Se desvanecerán en el pecho
los ecos de exhalaciones,
hambrientas de nostalgias,
como mi fam lica sonrisa,
grieta en mi rostro de labios muertos,
como mis lágrimas:
remembranzas de sueños ya perdidos.

Inertes, mis manos perderan,
aferradas al calor de un recuerdo,
entibiando entre sus dedos
pasiones humilladas a un pensamiento.

Mis ojos de cenizas,
ausentes de miradas,
rocas que no rogarán sus lágrimas,
se apagarán en la opacidad
de dos estrellas sin vida,
solitarias en la oscuridad del cielo,
esqueleto de un hombre que empeñó su alma.

De pie en el abismo,
ante la finitud de mi existencia,
contemplo tu eternidad desde mi añoranza,
como un secreto
que oscila entre cómplice y deseable.
Allí, tu lejanía. Aquí, mi soledad.

¿Será, mi alma,
que asfixiada de razón te perdí?
¿Será, mi espíritu,
al que ahogué la luz en la oscuridad
de mis pensamientos?
Será desde mi abismo,
presa la mirada en el horizonte ya desdibujado,
que esperaré como lo hacen los hombres sin fe,
sin esperanza, solo en la tortura.



Sacha Ayala

Escribo porque es lo que quise toda la vida, como un deseo natural.

Los gatos de Esteban

Esteban sintió algo pequeño y húmedo frotando su frente, lo siente áspero, con algo de cariño. Poco a poco comenzó a darse cuenta que esa sensación no era un sueño, que era real. Al abrir los ojos, vio un gato parado en su almohada, le lamía la cara.

Era igual a un gato, solo que con una pequeña peculiaridad: tenía el tamaño de un salero. Le pasó el dedo índice por la cabeza, no solo para intentar comprobar si el gato era verdadero, sino también, por que le resultaba difícil ver un gatito tan tierno y resistir la voluntad de acariciarlo.

Entonces se percató de un detalle no menor: pequeñas cosas se movían a su alrededor. Eran gatitos caminando por toda la habitación. Uno de color naranja, se esconde en la caja de cigarrillos vacía sobre el escritorio; otro de color blanco, parado arriba del ropero, maullando, como si quisiera bajar sin saber aunque sin animarse a hacerlo dos más, uno negro y el otro blanco con manchas negras, jugaban con una tapa de birome.

En suma, eran alrededor de veinte gatitos, caminando por todos los rincones de la habitación, algunos durmiendo y otros simplemente lamiéndose.

Tras ver esto, confundido, Esteban salió de su habitación y le comenta la situación a su madre:

—¿Gatos en tu pieza? ¿Dormiste con la ventana abierta?— preguntó Eloisa.

Al principio ella pensaba que su hijo le estaba jugando una extraña broma, pero termino por convencerse. No podían imaginar de dónde pudieron salir esos animales. Pero Eloisa era una mujer práctica, realista y de pocas palabras. Sin pensarlo, mucho dijo:

– Tenes que encontrar un lugar donde llevar esos animales, ya sea regalándolos o llevándolos a un refugio.

– Lo hago más tarde.

Era sábado. A Esteban le gustaba jugar con sus amigos “on-line” los fines de semana. En realidad juega toda la semana, ya que ni estudia, ni trabaja. “Pero los fines de semana son especiales para hacer fiaca”, pensaba. Así llegó el Domingo.

La madre, cansada del feo olor que desprendía el cuarto de su hijo, decidió regalar los gatos ella misma. Se pasó toda la tarde del domingo en la plaza, regalando a todos los pequeños gatitos.

Una señora que se llevó uno, dijo: “Lo voy a poder llevar en la cartera a todos lados”. Por otro lado, un chico de diez años señaló: “Voy a poder esconderlo debajo de mi cama, mis papás nunca se van a enterar que lo tengo”,

Al volver a casa, lo primero que hizo fue entrar al cuarto de su hijo para recriminarle el no haberse hecho cargo, pero sólo para encontrar que el cuarto volvía a estar lleno de gatos, solo que esta vez más grandes.

– ¿Como puede ser que estés tan pancho jugando, mientras el cuarto esta echo un desastre? -le reprocha Eloisa.

—Ahora me ocupo má, espera un minuto que ya termina la partida.

La mujer indignada desconecta la computadora.

—¿Qué haces vieja? Te dije que ya me iba a ocupar del asunto.

—Llamalo motivación.

—¡Mamá, es que vos no entendés! Si no termino la partida me penali...

La queja del joven se ve interrumpida por que algo se le atora en la garganta, la madre atónita no sabía qué hacer, viendo como el color de la cara de su hijo se pone roja como un tomate. La garganta se le ensancha y abre la boca tan grande que parece que la mandíbula se le saliera de lugar, la madre intenta ver dentro de la oscuridad de su garganta y nota que algo peludo aparece detrás de su campanilla.

Esteban, parece que intenta expulsar una bola de pelo, sin moverse de su asiento y con mucho esfuerzo. Se movía para atrás y para delante, golpeaba su pecho desesperadamente para intentar sacar aquello que permanecía atorado en su garganta. Finalmente, luego de tanto esfuerzo, salió un gato de su boca que cayó con suavidad sobre el piso. El gato miró a Eloisa directamente a los ojos y le gruñó, con algo de cizaña.

La madre decidió llamar al médico. A su llegada, a la mañana del día siguiente, la casa ya se encontraba repleta de gatos de todos los tamaños y razas. Luego de tomarle la temperatura, mirar su garganta, inspeccionar las pupilas de sus ojos y escuchar la respiración,

supo cuál era la patología del joven. “¿Qué tiene, doctor?”, preguntó Eloisa. El doctor hizo que Esteban se pusiera de pie y se sacará la remera. Le muestra a su madre lo flaco que se hallaba, pasándole un palo por entre los huesos de su espalda, sonando similar a un xilófono. Comparó el color de su piel con una hoja A4, aunque la piel de Esteban era más clara que el papel. Por último, le pidió a Esteban que exhalará muy fuerte, largando un hedor tan fuerte que todos los gatos corrieron al otro lado del living.

El doctor conocía la cura. De pronto, en un rápido movimiento, arrojó al muchacho al piso y le pidió que se ponga a hacer flexiones de brazos. El joven comenzó a transpirar. El doctor acercó una silla y se sentó en ella apoyando las piernas sobre la espalda de Esteban.

— A la mañana que haga quince flexiones de brazos y diez abdominales; a la tarde que salga a trotar, diez vueltas a la manzana es suficiente. Por la noche, antes de dormir, que repita las flexiones y abdominales. Periódicamente el tamaño y cantidad de gatos que desprenda irá disminuyendo -dijo el doctor mientras la madre veía a su hijo sufrir y sudar.

— ¡Deje a mi hijo en paz! -gritó la mujer. El doctor la miró, confundido-. Le agradezco sus servicios y lo tendremos en cuenta.

Antes de irse el doctor dijo:

— Recuerde que tiene que tomar mucho sol.

Con el doctor fuera de la escena, le dijo a su hijo; “No te preocupes, vamos a conseguir otra opinión”. Luego

de pasar la tarde jugando con los gatos, Esteban decidió volver a su habitación. Más tarde llegó la hora de la cena. La madre se acercó a su cuarto con un plato de comida, golpeó la puerta pero su hijo no contestó, supuso que era porque tenía los auriculares puestos. Abrió la puerta, solo para ver al cuerpo de su hijo muerto, asfixiado por un gato tan grande como su cabeza, que al verla largó un gruñido tan fuerte que se escuchó en toda la casa.



Roberto Giovanetti

¿Por qué escribo? Nunca es una pregunta fácil. Lo más inmediato sería decir que escribo porque vivo, porque soy humano, porque como tal soy un ser creador y en contacto con todo lo que me rodea. Creo que el arte es una gran herramienta colectiva, que nos permite el encuentro y, por eso, la transformación. No existe yo sin el otro y la escritura me permite ese encuentro, con el mundo y con cada persona que quiera leer.

Domingo porteño

Era un domingo soleado de julio en Buenos Aires. En el departamento A° del piso doce de un edificio de avenida San Juan y Sarandí, Jorge y sus cinco amigos se preparaban para ver la final del Mundial de fútbol: Argentina estaba por enfrentar a Italia. Faltando media hora para el comienzo del partido, Diego ya había pedido las pizzas, cuando Ezequiel en la cocina sacaba dos cervezas de la heladera. Luis puso a los Redondos en la computadora y el fuerte volumen de la música invadía varios pisos de la torre. Mario y Julio, dado el nerviosismo in crescendo, fumaban compulsivamente en el balcón.

El departamento B° permanecía en la penumbra. Lo habitaba Rodrigo, un hombre de unos cuarenta y cinco años, que había bajado la persiana y estaba dando vueltas exaltadamente por el living. En el sillón estaba sentada Susana, su pareja, con la cabeza entre sus manos. El viernes, Rodrigo había recibido el telegrama de despido de la empresa electromecánica donde trabajaba como empleado de oficina y estaba desesperado. La situación era tensa: Rodrigo acusaba a Susana de haber votado al actual presidente, quien había implementado una reforma laboral que permitía a las empresas una mayor libertad para echar sin justificación a los trabajadores considerados “innecesarios”, sin siquiera pagarles la indemnización.

Eran las tres de la tarde cuando los equipos estaban por salir al campo de juego. Jorge se puso a cortar las pizzas y llamó gritando a sus amigos. Algunos se acomodaron en los sillones, pero Diego y Luis prefirieron sentarse en el piso. Detuvieron la música. Sin embargo, Julio subió tanto el volumen del televisor, que resultaba imposible que cualquier ruido exterior pudiera penetrar en aquel departamento. El himno argentino fue cantado y celebrado vaciando dos botellas más de cerveza. En el momento del saque inicial, los amigos rompieron a gritos con cantos de hinchas.

En el otro departamento, Rodrigo no dejaba de despotricar contra el gobierno y su pareja. Susana, que hasta ese momento había escuchado todo tratando de mantener la calma, estaba impacientándose y ya no parecía tan dispuesta a quedarse callada. Levantó lentamente la mirada, plantó sus ojos sobre Rodrigo y le dijo que también él era culpable de su despido. Se desató una catarata de palabras que acusaron a Rodrigo de conformista, de no tener ambición, de no tener flexibilidad, de querer el mismo trabajo para toda la vida. Rodrigo, escuchando a Susana, había cesado de dar vueltas por el living y se sentó frente a ella. El grito de gol los distrajo por un instante.

Argentina, después de un flojo comienzo y de haber recibido al minuto tres un gol temprano de Italia, acababa de empatar el partido. Los muchachos no paraban de gritar. Ya no había pizza en la mesa. Entonces, en su lugar, colocaron rápidamente maníes y papas

fritas. Mario cambió la cerveza por una botella de vino blanco y Diego fumaba un pucho tras otro. A Jorge no le quedó más remedio que abrir la ventana de par en par, porque, según dijo: “No se podía respirar”. Se acercaba el final del primer tiempo.

Ese momento de relativa calma le permitió a Susana comunicarle su decisión a Rodrigo: se iba a ir de la casa. Por lo menos durante un tiempo. Se marchaba esa misma tarde. Rodrigo sintió que su preocupación y su desesperación aumentaban. El viernes había perdido el trabajo y, peor aún, ese domingo iba a perder a Susana. Aparte, ¿cómo habría podido pagar sus gastos sin ella? El mundo se le estaba cayendo encima. Su pelota había terminado de rodar.

La que había vuelto a rodar era la pelota de fútbol. Durante el entretiempo, los amigos se habían dispersado. Ezequiel había bajado al supermercado chino y volvió con más papas fritas, una bolsa de hielo, Fernet y Coca Cola. Mario acababa de salir del baño cuando se escuchó a Jorge gritar que estaba empezando el segundo tiempo.

A Rodrigo ya no le importaba el ruido que llegaba desde afuera. Susana se había ido al dormitorio a empacar algunas de sus cosas y él prefería no mirarla. Así que abrió la ventana y permitió a la luz de la tarde iluminar el living. Para aliviar la angustia, que le partía el pecho y le bloqueaba los hombros, se sirvió una copa de

whisky. Como no había comido nada, empezó a marearse. Otro grito de gol lo volvió a la realidad.

Era el minuto 63' del partido y Argentina acababa de ponerse en ventaja. Los muchachos cantaban frenéticos. Mario, imprudentemente, quería colgar en la ventana la bandera con la inscripción "campeón", pero Jorge y Diego se lo impidieron. No se podía hacer antes de que terminara el partido. Nunca le permitirían hacer algo que pudiera ser tan mufa.

Rodrigo despertó definitivamente de su entresueño. Se levantó del sillón, agarró las llaves de casa, trabó la puerta y se puso el llavero de Susana en el bolsillo, justo en el momento en que ella salía del dormitorio con dos bolsos en las manos. Sin decir nada, la mujer se acercó a la puerta para salir, pero la encontró cerrada. Percatándose de lo que pasaba, se dio vuelta y le preguntó a Rodrigo dónde estaban las llaves. Como respuesta, él le contestó que antes tenían que hablar. Un silencio sepulcral los rodeaba, a ellos y a todo el edificio.

Los chicos no podían creer lo que estaban viendo: el defensor central de Argentina acababa de cometer un penal muy grosero. El árbitro lo había sancionado sin titubear y encima había echado al jugador argentino. El departamento de Jorge se había hundido en el silencio. Luis se estaba arrancando los pelos de la barba y se los comía por los nervios, Mario se había puesto de espaldas para no mirar, mientras que Ezequiel parecía rezar.

El pateador de Italia ya estaba listo. El árbitro estaba por pitar.

En ese momento Susana estaba diciéndole a Rodrigo que si no le daba las llaves lo iba a denunciar. Rodrigo prefirió no contestar y sólo la miró. Ella sacó el teléfono y empezó a marcar. Rodrigo se levantó y avanzó contra ella. El grito de los chicos lo excitó aún más.

El edificio empezó a vibrar. Todo el mundo estaba celebrando la hazaña del arquero argentino, que acababa de atajar el penal. Jorge fue a la ventana a desahogarse con un grito, Mario y Diego se abrazaron y Ezequiel yacía en el piso casi desmayado. Luis, mientras tanto, se tomaba el último vaso de Fernet. Sólo faltaban cinco minutos y podrían gritar la palabra deseada: ¡Campeones!

Aprovechando el momento de conmoción de todo el edificio, Rodrigo intentó arrebatarle el teléfono a Susana y no lo consiguió. Forcejearon durante algunos segundos al lado de la mesa del comedor. En el tira y afloja, Susana intentó escabullirse y Rodrigo la detuvo con un manotazo. La mujer, que era mucho más liviana que él, perdió el equilibrio y cayó al suelo golpeándose la cabeza contra la mesa de madera. En el piso se veía una mancha de sangre. Rodrigo se acercó, sacudió el cuerpo de Susana, y al ver que no reaccionaba, pensó que la había matado. Otra vez la tensión. Otra vez el silencio que rodeaba toda la ciudad.

Se estaba jugando el tiempo de descuento del partido, Argentina le ganaba a Italia 2-1, pero la azzurra no se entregaba aún. Además, la selección de Argentina jugaba con diez hombres. En el área llovían centros desde todas las partes del campo; no obstante, el arquero los descolgaba firme, sin titubeos. Ya nadie hablaba en el departamento de Jorge. A Luis no le quedaban pelos de la barba para comerse y había empezado a lastimarse la cara. Un jugador de Italia se preparaba a patear el que seguramente sería el último córner del partido.

Rodrigo ya no sabía qué hacer. Sin trabajo, su vida estaba destrozada y, por si fuera poco, acababa de matar a su mujer. La cabeza empezó a darle vueltas. Se vació de un trago lo que quedaba de la botella de whisky y fue al balcón. Puso sus pies en la baranda y, antes de tirarse, pudo ver las banderas, los fuegos artificiales, como también escucho los gritos de sus vecinos.

Argentina acababa de salir campeón del mundo. Ese grito despertó a Susana, que se levantó aturdida y caminó hacia la cocina a servirse un vaso de agua. Se secó la poca sangre que le había salido de la cabeza, agarró las llaves que estaban en el piso y salió de la casa. Se dirigía hacia la parada del colectivo que la llevaría a la casa de su madre. Cuando vio gente alrededor de un cuerpo tirado en el piso, pensó que era un borracho de los tantos que habría por el partido y siguió alejándose en medio del ruido de los hinchas que no dejaban de cantar.

Vera Dente

Hay un mundo de todos, el mundo de los cuerpos. Hay un mundo de cada uno, el mundo de las mentes y de las almas. Yo escribo porque quiero traer al mundo donde está mi cuerpo el mundo donde están mi mente y mi alma.

Porque la muerte es inevitable, a medias. Que mi cuerpo en unos cuantos años (o quizás en unos cuantos segundos) no exista más es un hecho. Pero. ¿qué pasa con todo lo demás? Las ideas, los recuerdos, las preocupaciones, los deseos, quién fuimos, quién somos, quién vamos a ser. Lo más probable es que una parte de eso vaya a desaparecer también o se deforme en el mundo de alguien más. Pero tengo la esperanza de que quizás, la otra parte quede en algún pedazo de papel, aunque sea arrugado en la esquina de alguna habitación o perdido en la inmensidad de una biblioteca. Porque para mí, escribir es como perpetuar la idea de que el mundo de cada uno es tan importante (o tan insignificante) como el mundo de todos.

Sinfonía de una muerte más

I. Allegretto de huida en fe

Un celestial avión intenta evitar lo inevitable y falla. Se despega del cielo sin beneplácito y cae hasta el impacto, que cada vez está más cerca. La explosión se fuga en sol sostenido. Los pedazos vuelan triunfales y se incrustan en las almas de los seres queridos que cantan al unísono el himno de la devastación. Minutos más tarde se secan las lágrimas con los puños de las camisas blancas y retoman sus vidas trémulas refugiándose en las ideas paradisíacas o en el llanto de algún bebé que acaba de nacer.

II. El eco de la negación

Todos sabían que esa batalla estaba en dehors. Sin embargo, el japonésito se preparó durante meses. Él, que había nacido con el llanto más fuerte de todos, no podía permitir que la muerte se lo llevara tan solo unos años después. A bocca chiusa tenía expectativas, y por eso no le gustaban los saludos lejanos ni las palmaditas en el hombro. Mucho menos el bisbiglio de la compasión. Dio dos pasos y aguda lucha marcial. Un golpe, otro. El enemigo se propagaba cada vez más. Cesura. Se elevó con un salto y gritó con la patada hasta desvanecerse en un susurro.

III. Rondó de la molestia del pasado

El hombre común está perdido en su quinta noche de insomnio. Repite a cappella las risas gaudiosas y los llantos lúgubres del pequeño al que amó, y desea con un brío lacrimoso sentir el dolor y el castigo eternos. Pero no lo logra. Es sólo un cuerpo al que le arrancaron el alma y la enterraron tres metros bajo tierra. Ya desconoce el tenor de su cansancio. Sólo quiere dormir. Pero cuando cierra los ojos y su respiración se ralentiza, aparece de nuevo el sonido lejano de la ambulancia, que se fusiona con un pizzicato de mosquitos (de esos que no se van hasta que prendés la luz).

IV. Racconto final

Sonaba un tango oxidado en la infinitud de aquel vinilo y parecía que las respuestas sobre eso que tanto necesitaba saber por fin iban a llegar. Pero no. Los vestigios de un chelo melancólico me recordaron a ella y retrocedí por lo menos once pasos. Sabía que no debía detenerme ni mirar hacia atrás. Sabía que debía continuar tal como lo había hecho la humanidad. Pero mi corazón creía que no podía, y en un suspiro las piernas me fallaron. Me desplomé en el piso, y de mí se desprendió un crescendo de lágrimas fúnebres. Era el miedo a que ese amor fuera del todo olvidado. Era el miedo a soltar.

A lo lejos vi su figura de luz y su contracara de sombra. Asintieron a due, y un canon de pensamientos se

elevó por mi mente. Comprendí que sobre la vida, la muerte es ese conjunto de cosas que no tienen sentido y mucho menos explicación. Es ese conjunto de cosas injustas, irracionales, y todo eso que a mí nunca me gustó. Ma non troppo pasa. Y si es por mi Dios, el cielo y las vidas próximas pueden irse a la mierda. Porque ya no me importa la respuesta. Ya no me importa la pregunta.

La gente aplaude y se cierra el telón.

El sueño de la mariposa azul

Chuang Tzu soñó que era una mariposa.

Pero no cualquier mariposa, una azul.

Pero no cualquier azul, el azul.

Ese azul que tiene la otra cara del cielo, donde no hay aviones ni nubes

(sólo espacio puro e irreductible)

Ese azul del que está hecha la profundidad más desconocida del océano;

El azul de la distancia.

En eso se había transformado:

en todo, en nada

y lo que hay entre los dos.

En eso se había transformado: en la transformación en sí.

Porque no era sólo un simple par de alas revoloteando por el jardín bajo la luz de la luna.

Era esencia,
era alma.

Era la fusión de su pasado, su presente y su futuro.

Era caos.

Y en su sueño entendió que debía saltar al vacío y hundirse en el fondo del lago para entenderse a él mismo.

En su sueño conversó con el sutil aleteo de lo efímero y sintió cómo se elevaba cada vez más.

En su sueño descubrió de qué se trata la vida:
de la presencia inmediata,

de la distancia infinita
y de lo que hay entre las dos.
Quiso ser eso por siempre
y por un instante...
(como una mariposa que se posa en una flor)
lo logró.
Pero los sueños y las mariposas duran poco.
Eso lo sabía muy bien, porque al despertar
ignoraba si Tzu había soñado que era una mariposa
o si una mariposa estaba soñando que era Tzu.



Cristian Daniel Olivé

Escribo porque quiero convertir la materia inorgánica en vida. Miles de palabras, emociones, vivencias y condicionamientos de toda clase habitan en cada uno de nosotros y nosotras. Escribir sería un modo de tomar las riendas sobre aquello que nos somete desde lo profundo de la psique, sea a nivel individual, colectivo, galáctico, ¿quién sabe?

Así como una planta toma sus nutrientes acorde a su destino evolutivo, intento en la escritura tomar todo aquello que me ha tomado, para irlo plasmando como quiero, o tal vez como me salga, pero alineado a la narrativa que vaya creando en el camino, más allá de aquella que me creó. Considero que la escritura puede verse como un movimiento, como un viaje, como una vida en crecimiento, tal vez también, como un modo de exorcizarse.

La llave

Cuándo despertó, la llave estaba ahí, en los límites de su mente, entre el recuerdo y el olvido, entre el mundo onírico y la vigilia. A medida que pasaban los minutos, la memoria de las llaves se hacía cada vez más difusa, a tal punto, que mientras más quería retenerla, más la olvidaba. Entonces decidió seguir recostado, relajándose, a ver si podía acceder nuevamente al estado de duermevela que pudiera iluminar el recuerdo. Pero tenía que tener cuidado de no dormirse nuevamente, pues corría el riesgo de entrar en otra celda peor que la anterior, aunque no tanto como el sueño de vigilia. Entonces, atento a su respiración por un lado, y por el otro, a una difusa sensación, como si tratara de conectar dos mundos con una débil cuerda de seda, intentó dejarse arrastrar por ese reino intermedio de lucidez espiritual. Como una voz en su mente decidió llamarle. Mientras entraba, sin soltar la respiración y sin soltar el atisbo de recuerdo que aún vibraba en su piel, se animó a abrir los ojos no físicos, vislumbrando ese mágico universo escondido del cual siempre tuvo la llave, pero nunca podrá poseerla.

Cambio de paradigma

Luz del sol. Jorge se levanta de la cama cuando los rayos del astro golpean su ventana. Ansía comenzar el día disfrutando de la naturaleza. En el intento por coordinar con quién había de verse, surgen malentendidos. Llega a la conclusión de que tenía que apresurarse para pasar a buscar a Marta, que en 40 minutos bajaba del colectivo en Liniers. Obsesionado con aprovechar el día soleado, se apresura en preparar el desayuno y almuerzo para la jornada. El tiempo avanza, la calma flaquea, la ansiedad aumenta, siente el dolor en la espalda, como si sus músculos escapulares intentarán frenar el tiempo endureciéndose en el intento. Vuelve a mirar el celular y Marta avisa que le falta poco para bajarse. Jorge respira hondo antes de leer que Marta decidió no esperarlo: tomó la decisión de hacerse a su casa directamente. Una mezcla de enojo y alivio atravesaron su cuerpo para dar lugar a una pseudo tranquilidad. Marta llega, se aprontan a salir. Jorge, obsesionado con aprovechar el día, cuida de cada detalle antes de dejar el hogar: si apagó bien las hornallas; sí cerró correctamente todas las canillas y llaves de paso de la casa; si no dejó ningún electrodoméstico prendido; y así hasta que salen. Desde luego, al llegar al auto, lo asalta la horrorosa idea de haber olvidado echar llave a la puerta del departamento, o peor aún, haber dejado la puerta abierta de par en par. Finalmente, ya en camino por la autopista, se convence de lo

contrario, se dice así mismo que no volverá a revisar y que no tiene sentido seguirse preocupando por eso.

Dentro del parque, transitando con el auto por calles internas, observa que alguien está prendiendo fuego junto a un árbol, posiblemente para hacer un asado. Se pregunta si llamar a algún número de la administración del parque, no sea cosa que se produzca un incendio. Pero al demorarse en la respuesta y varios metros por delante de la escena, enfoca su atención, o parte de ella, en buscar lugar para estacionar, pero no cualquier lugar; debía ser uno óptimo, que cumpla determinados requisitos, como por ejemplo: estar a la sombra, cerca de un sector con poca gente, con fácil acceso a los baños, etc. Sin embargo, aquella terrible idea del potencial incendio no lo dejó del todo en paz, de modo que no pudo aprovechar plenamente el día soleado como él lo había deseado.

Al volver con Marta al departamento, no solo cae en la cuenta acerca de lo correctamente cerrada que estaba la puerta, sino que ve la frase del día en el almanaque, la cual señala: "Este es tu momento, aprovéchalo". Tras lo cual, piensa: "No puedo seguir preocupándome tanto por esas mínimas posibilidades, en apariencia catastróficas, ni pretender ayudar al planeta evitando situaciones tan frecuentes como la del parque. Es necesario que el yugo de las emociones negativas deje de dominar mi porvenir y, en todo caso, guiarme por emociones positivas, matemáticamente hablando, es decir, positivas en cuanto a su dirección. Debo dejar de mirar hacia atrás tan a menudo y avanzar en el sentido de la vida, así como lo hace la naturaleza y el sol, en ese mo-

vimiento artístico que ejecuta con la madre tierra y demás planetas. Hace poco tiempo supe que este gran astro, el sol, junto con todo su sistema, danzan en un espiral ascendente a través de la galaxia que los contiene, que nos contiene, puesto que todos nuestros átomos y células están en ella, se mueven con ella. Entonces caigo en la cuenta que esa es la gracia de este juego, ese es el movimiento de la naturaleza, ese es el deseo que habita en mi sentir, cuándo se cae el velo y puedo vislumbrar que la vida no espera”.

Alicia Marconato

Escribir es para mí, parte de respirar,
escribo para seguir viva y apasionada

Los pañuelos

Algo como una orden, parecía el sonido de las palabras. En realidad había que entender el significado por la entonación. Verdes no. Tampoco plateados. Nada de piernas largas y antenas. De ninguna manera petisosos y con un solo ojo. Mucho menos con dedos deformados y largos. La voz para nada metálica o chillona. Imposible saber su origen.

Eran como pañuelos de gasa. Transparentes, de múltiples colores. Y volaban. Cuando aparecieron causaron conmoción, la curiosidad alejó el miedo. Emanaban sonidos que fascinaban. Quería atraparlos y tocarlos, parecían aguas vivas voladoras.

Solange los vio por primera vez el día que estaba a la orilla del lago, mojándose los pies. Atenta al movimiento de los dedos en el agua, sentía que algo le hacía cosquillas en la cara, pero tardo un rato en espantarlo, como una ráfaga de mariposas que pasaban. Después de varios manotazos al aire, levantó la cabeza y los vio. Eran los “pañuelos”, al menos así los llamo ella y con ese nombre se los conoce hoy día.

Los presento en sociedad después de mucho tiempo que aparecieron. Los dio a conocer en cuentos, en testimonios de otros que también los vieron. No hacían nada en particular, solo volar o decir palabras sin sentido. Hay quienes dicen que las historias fantásticas empezaron el día en que los pañuelos entraron a la tierra.

La loca

Soy de todas las locas
la más loca
la de la risa fácil
y el labial corrido.
Soy la más loca del planeta.

Me gusta vivir
rodeada de mí
envuelta en nada
para que la desnudez
provoque comentarios
y se ahuequen
las manos, en la boca
para decir
-La loca-.

Es un toque especial
una advertencia
una desilusión
con carcajada.
Es igual a la mezcla
de óleos, en paleta
una feria americana
medias en las manos
guantes en los pies
bailar un rock
en agonía

miseria de colores,
genialidades del incomprendido.

Tiene tantos costados
la locura,
que tiende a quedarse
sin amigos
deambular perdido entre los zombies
o ser un Napoleón
en su apogeo.

La villa y los dioses

El lodo,
pilas de basura
el sol
techos de chapa
chicos descalzos
la luna
cerveza
pollo frito.
El aire
el hambre
ña música.

Sol, aire
luna, música.

Los dioses.

El secreto

Durante días hizo lo mismo:
entraba y caminaba por el centro hasta llegar a la se-
gunda fila,
de ahí a la izquierda y se arrodillaba.
Con las manos se tomaba la cabeza
y quedaba quieto,
daba la sensación que rezaba.

Al rato se levantaba despacio con la precisión de un ro-
bot,
antes de irse se persignaba.
Durante muchos días se repitió la escena.

Al cura no le llamaba la atención la repetición monóto-
na del rito,
lo llamativo era el lugar del rezo:
No estaba dirigido a ninguna imagen.

La fe y el miedo
muchas veces
provocan la misma reacción.

Índice

- Prólogo / Pág. 9
- Juan Viñals / Pág. 13
- Juan Juri / Pág. 19
- MartiZero / Pág. 27
- Tobías Rivero / Pág. 33
- Laura Acuña / Pág. 41
- Martín Lanza / Pág. 47
- Enrique Rastelli / Pág. 55
- Bautista Saravia / Pág. 61
- Lucas Itkin / Pág. 71
- Pablo Mandrilli / Pág. 77
- Sacha Ayala / Pág. 85
- Roberto Giovanetti / Pág. 93
- Vera Dente / Pág. 101
- Cristian Daniel Olivé / Pág. 109
- Alicia Marconato / Pág. 115

Algunos de los textos aquí reunidos fueron producidos en el marco de las clases individual y en formato taller del Club de Lectura y Escritura realizado durante el año 2022.

Si tenés intenciones de comunicarte con lxs escritorxs, si querés hacer uso de alguno de los textos por el motivo que fuere, te proponemos que le escribas a Federico L. Baggini (fedebaggini@hotmail.com), coordinador de los espacios, quién podrá ponerte en contacto con quien desees.

Este libro fue elaborado e impreso de forma cooperativa, colectiva, comunitaria y autogestiva.

Creemos en el contenido intelectual, no en la marca comercial.

Este libro
se terminó de imprimir
en la provincia de Buenos Aires,
durante 2022.